

Absteniéndonos del alimento, redescubrimos su dulzura y aprendemos a recibirlo de Dios con gozo y gratitud. Al reducir la música, las diversiones y las conversaciones redescubrimos el valor de las relaciones humanas, del trabajo del hombre y de su arte.

Y redescubrimos todo esto simplemente porque redescubrimos a Dios mismo, porque volvemos hacia Él y en Él a todo aquello que nos dio en su misericordia y su amor infinitos. Es lo que cantamos la noche de Pascua: *“Hoy, todo está inundado de Luz: el cielo, la tierra y el infierno; que todos celebren la Resurrección del Cristo, que todos se fortifiquen en Él”*.

Esta espera, no la decepciones, ¡Señor, Amante de la Humanidad!

SOFIA

Esta semana al ser nuestra Semana Santa no se dictarán charlas en el Seminario Ortodoxo de Formación para Ibero América. El programa continuará de la siguiente manera la semana próxima: martes 21 de abril a las 21:30 *“Pascua en Icono grafía e Himnografía”* y el Jueves 23 de abril a las 20:30 hs *“La Vida de San Nectarios de Egina”*.

Aquellos que no se hayan inscripto todavía solo deben enviar un email expresando el deseo de participar a: arzobispado@acoantioquena.com, hasta un día antes de cualquier charla; posteriormente recibirá del administrador WiZiQ una guía de acceso. La participación es totalmente gratuita.

Agenda de Monseñor Siluan

El día martes 7 de abril, Monseñor Siluan estuvo presente, junto a otros preladados, en la *“Vigilia de Oración en memoria de los mártires y los testigos de la fe de nuestro tiempo”*, presidida por el Cardenal Bergoglio y organizada por la Fraternidad Sant'Egidio, en la Catedral Metropolitana de Buenos Aires. En nombre de nuestra Iglesia, Monseñor pronunció esta

oración:

Señor, Tú has elegido una extraña entronización, y has plantado un trono muy particular en la tierra, sobre el cual has subido con Tu propia voluntad para volver a Tu Padre (Cf. Jn 13:1; 3). Sí Señor, Tu cruz ha sido Tu trono real, pero también Tu propio altar sobre el cual Te has entregado en oblación por nosotros, para nuestra salvación.

Reflexionando sobre este testimonio Tuyo de amor, tanto a Dios como a la humanidad, nos prosternamos ante Tu cruz con devoción y gratitud, y tratamos de atesorar todas estas cosas, meditándolas en nuestros corazones, a la imagen de Tu Madre, la Santísima Virgen María (Cf. Lc 2:19).

En realidad, Señor, por Tu inefable sabiduría, Tú nos has indicado el camino que llega a la vida, y nos has invitado a ser testigos Tuyos, del mismo modo que Tú lo has revelado ante toda Tu creación. Es así que muchos pares nuestros se entregaron y siguen entregándose como signos representativos y reveladores del Reino que Tú has inaugurado. Ellos han elegido subir sobre este mismo trono y acercarse a este mismo altar. Ante ellos, nos inclinamos con respeto y admiración.

Sin embargo, no hemos sido dignos testigos Tuyos, frente a la inmensa miseria material, social y espiritual que enfrentamos. Hemos dejado de llevar la cruz con ánimo, fe y alegría. Hemos sucumbido a nuestro egoísmo, a nuestro interés, a la maldad, a la intolerancia, a la indiferencia, a la insensibilidad, etc. Es por ello que Te pedimos que nos liberes de este peso tan pesado, y que nos guíes y fortalezcas en el camino de la resurrección nuestra, hacia la luz de Tu amor y compasión. Amén.



La Voz del Señor

Año VIII - Nro 15 - 12 de abril de 2009

VI Domingo de Cuaresma

Domingo de Ramos

La recepción del corazón

“La numerosa muchedumbre... habiendo oído que Jesús llegaba a Jerusalén... salieron a su encuentro”

Entre la Gran Cuaresma y la Semana Santa, los fieles experimentan dos días de alegría, el Sábado de Lázaro y el Domingo de Ramos. Es un período de transición del tiempo de preparación de la Iglesia y de los fieles en vista de la Semana Santa y el tiempo de acompañar al Señor caminando su pasión y su resurrección.

La atmósfera de alegría que refleja el evangelio antes de la pasión del Señor es ocasionada por la resurrección de Lázaro ocurrida el sábado y la entrada triunfal del Señor a Jerusalén, el domingo siguiente. El entusiasmo tanto del pueblo como de los discípulos era grande. El pueblo recibió al Señor como si fuera su liberador del yugo romano, mientras que dos de sus discípulos soñaban compartir su gloria como si esta gloria fuera a manifestarse en otro lugar que no fuera la Cruz. A pesar de lo expresado precedentemente, esta buena disposición a favor del Señor dio lugar, unos días después, a otra, totalmente diferente, cuando, el Viernes Santo, el pueblo eligió que se liberara a Barrabás y que se condenara a Jesús a la crucifixión, mientras que entre los mismos discípulos observamos la traición de uno, la negación de otro, y el abandono del Señor por parte de los demás.

La aparente atmósfera de entusiasmo que reinaba en aquellos dos días no correspondía a una disposición realmente profunda en los corazones de sus manifestares. El compromiso de la gente y de los apóstoles era carente, tanto de madurez como de firmeza. Esta situación no sorprendió al Señor, ya que Él había preparado a sus discípulos, en varias oportunidades, para lo que iba a suceder tanto con Él como con ellos: *“Os lo he dicho ahora, antes que suceda, para que cuando suceda creáis”* (Jn 14:29). Como pedagogo y mistagogo, en la vigilia de Su pasión, el Señor dio la paz a sus discípulos para que, al atravesar la prueba, recordaran sus palabras, percibieran su intención, meditaran acerca de su previsión y providencia, y por consiguiente, tuvieran coraje y fe y no se abandonaran a la desesperanza por haber sido tan indignos de este Dios y tan ingratos hacia su gracia, y sucumbieran a la muerte espiritual, así como ocurrió con Judas quien se ahorcó.

En realidad, la lectura del evangelio nos convence de la amplitud del amor, de la misericordia y de la magnanimidad del Señor. ¿Acaso Él no predijo la negación de Pedro, la traición de Judas y el abandono de los discípulos? Sin embargo, les llamó a encontrarlo después de la resurrección. ¡Tal era la confianza del Señor en sus discípulos! ¡Tan misericordioso era con respecto al mundo! A pesar de que Él conocía con anticipación cómo el mundo iba a recibirle, sin embargo, Él tuvo la resolución firme y sin titubear de caminar con el mundo, y a favor del mundo. No se apartó de la condición humana débil, pecadora, ingrata, etc., porque cree que puede ser redimida. Por ello, llevó nuestra naturaleza humana sobre sus hombros. ¡Tanto amor mostró y sigue mostrando! Así, aceptó tanto la recepción grandiosa y las exclamaciones del domingo de Ramos como las injurias y las blasfemias del Viernes Santo. Sin embargo, por encima de todo, reinó la paz, en la cruz, y se manifestó la reconciliación total y para siempre:

“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc 23:34).

La misma recepción se celebra cada año. ¿Acaso el hombre cambió de actitud? La Iglesia, como madre sabia y tierna, nos guía durante toda la gran cuaresma para poder recibir al Señor de manera más apropiada que en aquella época. La Iglesia afirma y sigue afirmando, sin lugar a duda, que el Señor quiere caminar con nosotros, quiere entrar en nuestros corazones. Él no se avergüenza de nuestra debilidad, pobreza espiritual, infidelidad o desintegración, sin embargo busca despertar en nosotros nuestra dignidad inapreciable, inestimable y tan querida de Él. Para Él, mereció que Él mismo muriera para recuperar esta dignidad. Así, desde la cruz, Él nos llama y nos tiene confianza.

Como cristianos, ya poseemos la totalidad de la confianza del Señor depositada en nosotros: por el bautismo, la crismación y la santa comunión, estamos unidos a Él y en comunión con su Espíritu. Es una realidad que vivimos especialmente cada vez que participamos de la divina liturgia. La fuerza de Su confianza y de Su amor ha convertido nuestro corazón: ¡Cuántas veces nos ha perdonado nuestra somnolencia, indiferencia, incredulidad o incongruencia! ¡Cuántas veces nos ha otorgado la gracia del arrepentimiento! Pues así, Él triunfa sobre nosotros y en nosotros, nos otorga la paz, y nos introduce a Su propia ciudad, la Jerusalén celeste, donde todos los corazones de aquellos redimidos Le exclaman: “Bendito el que viene en nombre del Señor”. Amén.

+ Metropolitano Siluan

Tropario de Ramos (Tono 1)

“¡Oh Cristo nuestro Dios!, cuando resucitaste a Lázaro de entre los muertos, antes de Tu Pasión, confirmaste la resurrección universal. Por lo tanto, nosotros como los niños, llevamos los símbolos de la victoria y del triunfo, clamando a Ti, Oh Vencedor de la muerte:

“¡Hosanna en las alturas, bendito el que viene en el Nombre del Señor!”

Tropario de la Fiesta (Tono 4)

“¡Cristo Dios! Cuando fuimos sepultados contigo en el Bautismo; Por Tu Resurrección, hemos sido merecedores de la Vida Inmortal y alabándote exclamamos: “¡Hosanna en las Alturas; Bendito es Él que viene en el Nombre del Señor!”

Kondakio (Tono 6)

“¡Cristo Dios!, Que en el Cielo estás sentado en el Trono y en la tierra, montando sobre un asno; habías recibido cánticos de los Ángeles; y de los niños, una alabanza, exclamando: “Bendito eres Tú, Que vienes para llamar a Adán nuevamente”.

Carta a los Filipenses (4:4-9)

Hermanos, estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres. Que vuestra clemencia sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca. No os inquietéis por cosa alguna; antes bien, en toda ocasión, presentad a Dios vuestras peticiones, mediante la oración y la súplica, acompañadas de la acción de gracias. Y la paz de Dios, que supera toda inteligencia custodiará vuestros corazones y vuestras mentes en Cristo Jesús. Por lo demás, hermanos, todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud o valor, tenedlo en aprecio. Todo cuanto habéis aprendido y recibido y oído y visto en mí, ponédlo por obra y el Dios de la paz estará con vosotros.

Santo Evangelio según San Juan (12:1-18)

Seis días antes de la Pascua, Jesús se fue a Betania, donde estaba Lázaro, a quien Jesús había resucitado de entre los muertos. Le dieron allí una cena, Marta servía y Lázaro era uno de los que estaban con Él a la mesa. Entonces María, tomando una libra de perfume de nardo puro,

muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. Y la casa se llenó del olor del perfume. Dice Judas Iscariote, uno de los discípulos, el que lo había de entregar: “¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios y se ha dado a los pobres?” Pero no decía esto porque le preocuparan los pobres, sino porque era ladrón, y como tenía la bolsa, se llevaba lo que echaban en ella. Jesús dijo: “Déjala, que lo guarde para el día de mi sepultura. Porque pobres siempre tendréis con vosotros; pero a mí no siempre me tendréis.” Gran número de judíos supieron que Jesús estaba allí y fueron, no sólo por Jesús, sino también por ver a Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Los sumos sacerdotes decidieron dar muerte también a Lázaro, porque a causa de él muchos judíos se les iban y creían en Jesús. Al día siguiente, al enterarse la numerosa muchedumbre que había llegado para la fiesta, de que Jesús se dirigía a Jerusalén, tomaron ramas de palmera y salieron a su encuentro gritando: “¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en Nombre del Señor, y el Rey de Israel!” Jesús, habiendo encontrado un borriquillo, se montó en él, según está escrito: No temas, hija de Sión; mira que viene tu rey montado en un pollino de asna. Esto no lo comprendieron Sus discípulos de momento; pero cuando Jesús fue Glorificado, cayeron en la cuenta de que esto estaba escrito sobre Él, y que era lo que Le habían hecho. La gente que estaba con Él cuando llamó a Lázaro de la tumba y le resucitó de entre los muertos, daba testimonio. Por eso también salió la gente a su encuentro, porque habían oído que Él había realizado aquella señal.

La Cuaresma como “estilo de vida”

Por Alexander Schmemmann

Cuando la Iglesia penetró en el mundo greco-romano, no denunció la esclavitud ni llamó a la revolución. Su fe y la nueva visión del hombre y de la vida hicieron progresivamente imposible la esclavitud. Un santo, y “santo” significa simplemente un hombre que toma a

cada instante su fe en serio, hace más por cambiar el mundo que mil programas impresos.

En segundo lugar, la Cuaresma es el tiempo en que debemos intentar dominar nuestras palabras. Nuestro mundo es terriblemente verbalista, estamos continuamente sumergidos en palabras que han perdido su sentido y por consiguiente, su fuerza. El cristianismo revela el carácter sagrado de la palabra, verdadero don divino al hombre. Razón por la cual nuestras palabras están dotadas de un poder extraordinario, sea positivo, sea negativo. También por esta razón seremos juzgados por nuestras palabras: “Os digo que de toda palabra sin fundamento que hablen los hombres, darán cuenta en el día del Juicio; porque por tus palabras serás declarado justo y por tus palabras serás condenado” (Mt 12:36-37).

Dominar las propias palabras es reencontrarles el carácter sagrado. Es comprender que tal vez una broma 'inocente' que hemos dicho sin pensar, puede tener consecuencias desastrosas, ser la 'última gota' que impulse a un hombre al fondo de la desesperación. Pero la palabra puede también ser un testimonio, una conversación fortuita con un colega de trabajo puede comunicar más una concepción de la vida o una actitud hacia los demás que todo un sermón. Puede sembrar la semilla que hará encarar la vida de otra manera.

No tenemos idea de hasta qué punto nos influimos constantemente los unos a los otros con nuestras palabras y el estilo de nuestra personalidad. Hay hombres que se convierten a Dios no porque les han dado explicaciones brillantes sino porque vieron en una persona esa luz, ese gozo, esa profundidad, esa seriedad y ese amor que revelan la Presencia y la Potencia de Dios en este mundo.

Si la Cuaresma es para el hombre un redescubrimiento de su fe, es también un redescubrimiento de la vida, de su sentido divino y de su sagrada profundidad.